

«HE AQUÍ UN CARNERO Y UN MACHO CABRÍO»

En el año tercero de Belsasar, dos años después de la visión anterior, Daniel tuvo otra visión (8.1). Él inmediatamente contó lo que vio:

Vi en visión; y cuando la vi, yo estaba en Susa, que es la capital del reino en la provincia de Elam; vi, pues, en visión, estando junto al río Ulai. Alcé los ojos y miré, y he aquí un carnero que estaba delante del río, y tenía dos cuernos; y aunque los cuernos eran altos, uno era más alto que el otro; y el más alto creció después. Vi que el carnero hería con los cuernos al poniente, al norte y al sur, y que ninguna bestia podía parar delante de él, ni había quien escapase de su poder; y hacía conforme a su voluntad, y se engrandecía (vers.^{os} 2-4).

Aparentemente, en la visión, Daniel se encontraba en la residencia de verano del Emperador. El río que se menciona era el límite entre dos provincias importantes.

Afortunadamente, no se nos deja «conjeturar» acerca del significado de esta visión, pues el capítulo lo revela. Veremos la explicación de ciertos detalles más adelante, cuando Daniel procuró que se le aclarara con mayor exactitud la interpretación de la visión. Examinaremos la interpretación que se da en este capítulo juntamente con la visión en sí.

EL CONTENIDO DE LA VISIÓN (8.5-14)

Lo primero que vio Daniel fue un carnero. El versículo 20 nos dice que el carnero representa a los medos y a los persas. En la visión anterior de Daniel, al reino se le presenta como un oso (que era más un símbolo de Media). En la visión actual, se le simboliza con un carnero (que era más un símbolo de Persia). El carnero tenía dos cuernos que, como ya se dijo, constituían un símbolo de los dos componentes étnicos de los poderes dominantes de este imperio. El segundo cuerno (Persia) llegó a ser más grande que el primero (Media). En la visión anterior de Daniel, el oso «se alzaba de un

costado más que del otro» (7.5), lo cual insinúa que una parte había de tener predominio.

El carnero «hacía conforme a su voluntad». El Imperio Medo-persa fue «irrefrenable» por un tiempo, al derrotar a las naciones que estaban al poniente; a los escitas, que estaban al norte; y a los egipcios, que estaban al sur. Sin embargo, después de un corto tiempo dentro de lo razonable, el imperio sufriría una sucesión de derrotas infligidas por otra potencia, que estaba representada por un macho cabrío.

El versículo 5 dice: «Mientras yo consideraba esto, he aquí un macho cabrío venía del lado del poniente sobre la faz de toda la tierra, sin tocar tierra; y aquel macho cabrío tenía un cuerno notable entre sus ojos». El macho cabrío es «el rey de Grecia» (vers.^o 21). Este es un símbolo apropiado, pues a los griegos se les conocía como el «pueblo cabrío» desde unos doscientos años antes del tiempo de Daniel. El «cuerno» entre los ojos del macho cabrío es una referencia a Alejandro Magno, quien conquistó la mayor parte del mundo conocido, desde Europa hasta la India, en un tiempo de nueve años. Sus fuerzas eran grandemente superadas en número, pero estaban bien disciplinadas. El macho cabrío cubría la faz de toda la tierra, sin tocarla. Vemos aquí un parecido con la visión anterior de Daniel, en la cual un leopardo tenía «cuatro alas», dando a entender una gran rapidez. En esta visión, el macho cabrío parecía estar volando.

Una serie de batallas entre los griegos al mando de Alejandro, y los persas, se describe en los versículos 6 y 7:

Y vino [el macho cabrío] hasta el carnero de dos cuernos, que yo había visto en la ribera del río, y corrió contra él con la furia de su fuerza. Y lo vi que llegó junto al carnero, y se levantó contra él y lo hirió, y le quebró sus dos cuernos, y le

carnero no tenía fuerzas para pararse delante de él; lo derribó, por tanto, en tierra, y lo pisoteó, y no hubo quien librase al carnero de su poder.

Note usted que Daniel vio al carnero en la ribera del río. Alejandro Magno logró cruzar el río mientras este estaba crecido, una hazaña que los persas consideraban imposible. Después él aniquiló Persépolis, la capital del Imperio Persa. El emperador persa trató de sobornar a los dirigentes militares de Alejandro, y participó en un fallido complot para hacer que asesinaran a este. Los griegos respondieron a esto destruyendo completamente a los persas, para después desplazarse hacia oriente, y así entrar a la India.

Estando en el apogeo de su poder, el «gran cuerno fue quebrado» (vers.º 8). El hecho de que el cuerno fuera quebrado (vers.º 22) constituye un anuncio de la muerte de Alejandro. Esta porción de la historia es parecida a la parábola de Jesús que se recoge en Lucas 12.16–21, acerca de un «rico insensato». Este rico se imaginó grandes cosas para sí mismo; pero se le dijo que moriría, y luego se le preguntó: «... y lo que has provisto, ¿de quién será?». Alejandro no tenía heredero directo a quien dejar su imperio; en consecuencia, el imperio fue quebrado después de solo un breve tiempo de unificación. Esta división del imperio se representa en el versículo 8 por «cuatro cuernos notables [que salieron] hacia los cuatro vientos», en sustitución del cuerno original.

El versículo 9 nos informa de que uno de los cuatro cuernos «creció mucho». Aparentemente, este cuerno es una referencia a la dinastía seléucida de Siria. Debemos recordar que las visiones de Daniel se centran en el pueblo de Dios; él no estaba tratando una detallada profecía del rumbo que habría de tomar la historia universal, sino que seguía principalmente la historia que concernía a los judíos. El énfasis del resto de esta visión en particular se hizo, entonces, sobre la división siria del imperio de Alejandro. Allí residía el poder que tendría el impacto más inmediato sobre el pueblo hebreo. El capítulo 11 da detalles aún más específicos en relación con el continuado conflicto entre los sirios y los judíos.

Cuando se ven a la luz de 8.25, los versículos 10 y 11 son aparentemente una referencia a Antíoco IV, conocido también como Antíoco Epífanes. Este miembro de la dinastía seléucida destruyó el templo y quitó «el continuo sacrificio». Esto, según el versículo 12, fue a causa de «la transgresión».¹ En

¹ N. del T.: En la RV se lee «prevaricación».

el versículo 23, el intérprete le dijo a Daniel que este rey se levantaría «cuando los transgresores [llegaran] al colmo». Anteriormente, Dios le había dicho al pueblo que los daría en botín y que serían despojados por no haber querido andar en Sus caminos. (Vea Isaías 42.24, en referencia al cautiverio en Babilonia.) En ese momento, ellos eran culpables de muchas transgresiones, pero lo más ofensivo era su pecado de idolatría. El cautiverio extinguió la idolatría entre los hebreos. No obstante, el haber mancillado la disposición de los sacrificios y el sacerdocio mismo, contra lo cual predicó Malaquías, dio como resultado que fueran alienados aún más de Dios y que, por lo tanto, Este los castigara. Parte de este castigo consistiría en que se suspendieran temporalmente los sacrificios que debían hacerse por la mañana y al caer la tarde (vea Números 28.3–8).

Los versículos 13 y 14 presentan la porción más difícil de la visión, porque no hay interpretación correspondiente en Daniel que nos diga qué significa la frase: «dos mil trescientas tardes y mañanas». Hemos hecho notar que los símbolos de la literatura apocalíptica pueden tener diferentes significados, dependiendo del contexto. Los diferentes números tienen significados especiales, y las combinaciones y los múltiplos de ellos también dejan entrever significados. El «diez» parece significar un número vasto, casi infinito. Los múltiplos de diez insinúan una repetición más intensa del mismo significado. El número «2.300» es ciertamente un múltiplo de diez, pero los dígitos «2» y «3» no parecen tener identificación comparable. En consecuencia, se nos deja sin certeza en cuanto al significado de esta frase.

No creemos, basados en el contexto, que el «2.300» indique un número específico de años. En tiempos más recientes, hubo personas que identificaron el símbolo de este modo. Un comentarista llegó incluso a la conclusión de que el momento cuando se alcanzaría el 2.300 después de que Antíoco tomó originalmente el templo, llegaría en el año 1966 (que más adelante se cambió a 1967). Así, él proclamó que era el tiempo de la Guerra de los Seis Días de Oriente Medio, cuando la moderna nación de Israel reconquistó la porción oriental de Jerusalén. Por supuesto, en vista de que el monte del templo todavía no ha sido «purificado» en el sentido legal y mosaico del término, y en vista de que no se ha construido un nuevo templo para que los sacrificios diarios se puedan ofrecer sobre su altar, resulta incorrecta la propuesta en el sentido de que los 2.300 días equivalen a 2.300 años.

Hay dos propuestas mejores: 1) Las «dos mil

trescientas tardes y mañanas» podrían ser días en el sentido literal del término. Este período sería una aproximación del tiempo que transcurrió entre el sexto mes del año 142 de la dinastía seléucida, cuando Antíoco tomó Jerusalén, y el noveno mes del año 148, cuando el templo fue purificado después de la exitosa revuelta de los judíos bajo el liderazgo de los macabeos. 2) Las «dos mil trescientas tardes y mañanas» podrían ser en realidad mil ciento cincuenta tardes y mil ciento cincuenta mañanas, que es aproximadamente el tiempo que estuvieron prohibidos los sacrificios bajo el reinado de Antíoco. No podemos menos de creer que Daniel habría usado «mil ciento cincuenta», en lugar de «dos mil trescientos cincuenta», si esta fuera la interpretación correcta.

Puede que a algunos les produzca inquietud que el número que se menciona no sea exactamente el número de días que reconoce la historia. Debemos recordar que las Escrituras a menudo «redondean» los números, especialmente los números grandes. En Números 25.9, por ejemplo, dice que el Señor dio muerte a veinticuatro mil por su idolatría, mientras que Pablo, el apóstol inspirado, en su versión del mismo evento (1^{era} Corintios 10.8), dijo que en ese día cayeron veintitrés mil. Es probable que el número exacto se ubique en algún punto entre las dos cantidades anteriores; sin embargo, el número exacto no es el dato más importante en el relato que se hace del suceso. Puede que esto sea lo que esté sucediendo aquí.

Reiterando lo dicho, en vista de que no hay una interpretación específica del número, por parte de Daniel, es imposible que podamos decir con exactitud qué significa la frase «dos mil trescientas tardes y mañanas».

LA VISIÓN ES INTERPRETADA POR GABRIEL (8.15–26)

A Gabriel se le mandó (vers.º 16) relatar el significado de la visión a Daniel. Ya consideramos gran parte de su interpretación (vers.ºs 20–26) cuando la visión misma fue revelada a Daniel al principio del capítulo.

Y aconteció que mientras yo Daniel consideraba la visión y procuraba comprenderla, he aquí se puso delante de mí uno con apariencia de hombre. Y oí una voz de hombre entre las riberas del Ulai, que gritó y dijo: Gabriel, enseña a éste la visión. Vino luego cerca de donde yo estaba; y con su venida me asomé, y me postré sobre mi rostro. Pero él me dijo: Entiende, hijo de hombre, porque la visión es para el tiempo del fin.

Mientras él hablaba conmigo, caí dormido

en tierra sobre mi rostro; y él me tocó, y me hizo estar en pie. Y dijo: He aquí yo te enseñaré lo que ha de venir al fin de la ira; porque eso es para el tiempo del fin. En cuanto al carnero que viste, que tenía dos cuernos, éstos son los reyes de Media y de Persia. El macho cabrío es el rey de Grecia, y el cuerno grande que tenía entre sus ojos es el rey primero. Y en cuanto al cuerno que fue quebrado, y sucedieron cuatro en su lugar, significa que cuatro reinos se levantarán de esa nación, aunque no con la fuerza de él. Y al fin del reinado de éstos, cuando los transgresores lleguen al colmo, se levantará un rey altivo de rostro y entendido en enigmas. Y su poder se fortalecerá, mas no con fuerza propia; y causará grandes ruinas, y prosperará, y hará arbitrariamente, y destruirá a los fuertes y al pueblo de los santos. Con su sagacidad hará prosperar el engaño en su mano; y en su corazón se engrandecerá, y sin aviso destruirá a muchos; y se levantará contra el Príncipe de los príncipes, pero será quebrantado, aunque no por mano humana. La visión de las tardes y mañanas que se ha referido es verdadera; y tú guarda la visión, porque es para muchos días (vers.ºs 15–26).

Cuando se le refirió como «hijo de hombre», a Daniel se le recordó con delicadeza que no dejaba de ser humano porque un «ángel» se confiara en él. Esto nos hace recordar a Pablo, el cual, aunque se le permitió ver grandes cosas, se le dio un aguijón en la carne —un mensajero de Satanás— para que no se enalteciera sobremanera (2^a Corintios 12.1–10). Al oír la voz del ángel, Daniel aparentemente se desmayó (vers.º 18).

Algunos detalles que menciona Gabriel en esta interpretación, no se manifestaron claramente en la narración que hizo Daniel de la visión. En el versículo 23, Gabriel informó a Daniel de que se levantaría un rey «altivo de rostro y entendido en enigmas». El poder de este se fortalecería, dijo el ángel, «mas no con fuerza propia» (vers.º 24). Recuerde que la idea principal de todo el libro de Daniel es que Dios reina en los asuntos de los hombres. Cualquiera que fuera el poder que este rey recibiera, se debería, en realidad, a que Dios se lo habría dado.

Continuó diciendo Gabriel: «Con su sagacidad hará prosperar el engaño en su mano» (vers.º 25). Este rey usaría el engaño diplomático para salirse con la suya. Durante toda la historia, hombres, tribus y naciones a menudo han obtenido por medio de la negociación lo que no han podido tomar por la fuerza militar.

Con el tiempo, este rey había de ser «quebrantado, aunque no por mano humana» (vers.º 25). Los hombres no podrían detener a este rey, ¡pero Dios sí podría!

Es asombroso cómo Dios puede usar a uno solo o a todos los hombres, para lograr lo que se propone:

1) Dios realmente usa a la gente que se le opone con rebeldía. Así hizo con Faraón, el cual se jactó diciendo: «¿Quién es Jehová, para que yo oiga su voz...?» (Éxodo 5.2). En el Nuevo Testamento, Dios actuó por medio de Poncio Pilato, el cual mandó que se crucificara a Jesús.

2) Dios usa a los que titubean, y casi no tienen fe en el sentido de confiar en Dios para hacer lo que Este manda. Moisés no quería sacar al pueblo de Egipto; Jeremías no quería trabajar como profeta. Ahora reconocemos a estos como hombres de gran fe, pero la fe de ellos no era precisamente digna de notar por su grandeza, en el momento que Dios los llamó.

3) Dios usa a los que tienen faltas y pecados —en otras palabras, a seres humanos normales. Tenemos la tendencia a ver a los héroes bíblicos como si fueran algo más que humanos. En realidad, no eran más que gente —pero Dios los habilitó para que hicieran Su obra. Santiago hizo notar que «Elías era hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras...» (Santiago 5.17). Abraham, Isaac, Jacob y José fueron todos culpables de engaño; David era un guerrero; Pedro era impulsivo. No obstante, Dios capacitó a cada uno de ellos para que cumplieran su voluntad.

4) Dios usa a los que nosotros no esperaríamos que usara. Si se dejara a elección nuestra, lo más probable es que del todo no los elegiríamos. Samuel no previó que Dios elegiría a David de entre los hijos de Isaí. Los apóstoles no parecen haber tenido ninguna característica que los hubiera hecho sobresalir del común de la gente. Aun Jesús mismo no demostró características físicas sobresalientes que atrajeran naturalmente a la gente (Isaías 53.2b).

Debió de haber desconcertado en gran manera a Daniel el pensar que Dios permitiría a alguien como Antíoco Epífanes (el rey a quien se refieren estos versículos) llegar al poder sobre el pueblo de Dios. No obstante, Dios lo permitió —con el fin de lograr Su propio propósito.

El otro pasaje que nos plantea dificultad para entenderlo, comienza en el versículo 17. Gabriel le dijo a Daniel que «la visión [era] para el tiempo del fin». En el versículo 19, Gabriel recalcó esta idea, diciendo: «... eso es para el tiempo del fin». Nuestra tendencia natural es a preguntar: «¿... el fin de qué?».

Para hacer más grande nuestra dificultad, Gabriel se refirió en el versículo 25 al «Príncipe de los príncipes». ¿Quién es el Príncipe de los príncipes?

Ciertamente, el «tiempo del fin» parece ser una referencia al Juicio que hará Dios. Sin embargo, puede que sea lenguaje «simbólico» que se usa para referirse a más de un incidente en particular. Esta es probablemente la mejor explicación.

Jesús se refirió, en Mateo 24.15, a Daniel 9 (un paralelo de esta visión), diciendo que el lenguaje se refería a la destrucción de Jerusalén por parte de los romanos. En consecuencia, muchos han entendido que este pasaje se refiere a ese suceso también. Otros han dado por sentado que el «tiempo del fin» se refiere al Día del Juicio universal y total, que se llevará a cabo delante de Dios al final de los tiempos.

Lo anterior nos muestra el uso de imagería simbólica en esta clase de literatura. Podemos ver, según se desprende de la aseveración de Jesús, que este lenguaje de Daniel anuncia la caída de Jerusalén y la destrucción del templo (por los romanos). En relación con la otra interpretación, no hay creyente en la Biblia que niegue que habrá un Día del Juicio llevado a cabo por Dios al final de los tiempos. Bien pudo haberse tenido como propósito que esta fuera una profecía doble.

Parece que el énfasis que se hace por toda esta última porción del libro de Daniel es sobre la historia que afecta directamente al pueblo hebreo durante y después del cautiverio en Babilonia. Mientras las visiones de la porción anterior del libro anunciaban la venida del reino de Dios, las de la última porción ponen más énfasis en el pueblo hebreo en sí.

Ya hicimos notar que las imágenes que vio Daniel en su visión representan a los medos, a los persas y a los griegos (y a los que con el tiempo sucedieron al imperio de Alejandro, incluyendo específicamente a la dinastía seléucida de Siria). El «tiempo del fin» se refiere más lógicamente a aquel tiempo que es más consecuente con el resto de la visión. En el versículo 13, un «santo» preguntó: «¿Hasta cuándo durará la visión...?». La respuesta se dio en referencia al cese de los sacrificios diarios, cese que se dio durante la toma de Jerusalén por Antíoco Epífanes. Con la ayuda de algunos judíos, este sobornó al sacerdocio, vendiéndolo, en efecto, al mejor postor. Durante este tiempo los judíos sufrieron en gran manera.

Es probable que el «Príncipe de príncipes» tenga paralelo con el «príncipe de los ejércitos» del versículo 11. Por Este fueron quitados los sacrificios. Aunque el lenguaje puede ser parecido al que se usa para identificar a Cristo, el contexto del pasaje aquí se adapta mejor a Dios mismo.

Después de oír la interpretación, a Daniel se le

dijo que «[guardara] la visión» (vers.º 26). Se cree que parte del significado de los símbolos de la literatura apocalíptica ha de haber guardado armonía con el propósito de que el mensaje de Dios se mantuviera oculto para que no lo conocieran los enemigos de Dios y de Su pueblo. En Mateo 24 y en Sus cartas a las siete iglesias (Apocalipsis 2; 3), Jesús no identificó a los romanos por nombre, aunque por lo general estamos de acuerdo en que era a ellos a quienes el Señor tenía en mente. ¿Cómo hubieran reaccionado los romanos si hubieran entendido que los discípulos de Jesús estaban enseñando que Dios derrocaría algún día al Imperio Romano? De igual modo, ¿cómo hubieran reaccionado los persas al tomar el Imperio Caldeo² si hubieran descubierto que Daniel

² El final del Imperio Babilónico, o Caldeo, estuvo, de hecho, cerca del momento en que Daniel tuvo esta visión (8.1).

estaba anunciando la destrucción de los medos y de los persas? En consecuencia, aunque Daniel en algún momento escribió la visión, él la guardó en secreto durante muchos años, hasta que llegó el tiempo cuando dejó de ser peligroso para el pueblo de Dios que la revelación se diera a conocer.

Daniel concluyó con esta nota personal: «... quedé quebrantado, y estuve enfermo algunos días» (vers.º 27). No es difícil entender cómo llegó a suceder esto. Daniel fue «favorecido» por Dios para que viera el futuro, pero la visión no le resultó agradable. Tal vez Dios ha sido más favorable para con nosotros al no revelarnos los detalles del futuro. Aparte de las glorias de la eternidad que gozarán los fieles (vea Juan 14.1-3; Apocalipsis 21.1-27), no sabemos lo que el mañana nos depara. Es probable que, si Dios nos revelara todo sobre el futuro, no nos gustaría lo que veríamos.

David Rehtin

©Copyright 2004, 2006 por La Verdad para Hoy
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS